

PLÁTICAS DOCTRINALES

DEL MUNDO ENEMIGO DEL HOMBRE.

Plática primera: el mundo enemigo del hombre en el uso y moda de trages indecentes.

Es la vida del hombre sobre la tierra una cruel y continuada batalla en que tocando á la arma, desde los primeros pasos de la razon, los enemigos mas poderosos sin permitirle tregua ni descanso, cada instante es un ataque, y cada respiracion un choque. Crió Dios el primer hombre en el goce de una paz dulce y tranquila que sugetando sus apetitos á la razon, y su razon á la divina ley, le aseguraba sin estorbos el reyno dichoso de la sólida felicidad. Pero rota por la culpa primera esta sagrada paz, declarándose el hombre ingrato enemigo de Dios se declararon tambien contra él conspirando á su ruina las criaturas todas. El demonio, á cuya esclavitud se sugetó por el pecado, comenzó á egercitar sobre él un

dominio cruel y tirano: sus pasiones desordenadas y tumultuantes, roto el freno que las contenia, como fieras domésticas se ensangrentaron contra la mano misma que desató sus prisiones; y creciendo con el número de vivientes los delitos se convirtieron sus prógimos y hermanos con el escándalo y la disolucion en el enemigo mas irreconciliable de su dicha. Nada hay dentro y fuera del hombre que no le asalte, y que no solicite su ruina. Su entendimiento, obscurecido con las perversas ideas que el demonio le siguiere, le arma en sus pensamientos y discursos astutas celadas en que viene á perderse: su carne corrompida le lisongea con el vicio: el mundo todo anegado en culpas le arrastra con su egeemplo al pecado. Tres formidables enemigos del hombre y la virtud, mundo, demonio y carne, que si son todos tan temibles, es entre ellos el mundo el mas poderoso y el que da nuevas fuerzas y vigor á la carne y al demonio. Si: que lejos del mundo, adormecidas las pasiones sin la escuela de los obgetos exteriores, cansadas al fin ó muertas se sugetan á la razon en el retiro y soledad. Hablando Dios mas vivamente en el fondo del alma se disipan, ó pierden sus fuerzas las sugestiones del

demonio. El mundo es el que ministra al demonio y á la carne poderosos socorros, y los sostiene y anima en la guerra contra la virtud. El mundo es aquel señor despótico á quien los hombres obedecen, cuyas máximas respetan por oráculos, dueño el mas tirano de quien todos se quejan y no dejan al mismo tiempo de servirle: el mundo es aquel objeto de la abominacion de Jesucristo contra quien fulminó las mas terribles amenazas: él es el que no conoció al Salvador y por quien no rogó, ni quiso pedir á su eterno Padre el Redentor de todos: el mundo es aquella region de tinieblas donde colocó su trono y de quien tomó su mas célebre nombre el demonio: el mundo es por último aquel cuyos usos y máximas vino á condenar con su vida y ejemplo el hijo de Dios.

Y si todo esto, y mucho mas es el mundo enemigo nuestro, si el mundo que condena Jesucristo no es la fábrica material del cielo y tierra ¿quién es y cuál es este mundo? Rióse en la antigüedad el delirio de Diógenes, Leusipo y Epicuro, que soñaron habia muchos mundos, y por mas que en nuestros dias una atrevida física haya pretendido dar algun cuerpo á este sueño, él se ha mirado como

un error insostenible. Pero si esto es verdad del mundo material, no es menos cierto en lo moral que son muchos los mundos tentadores y enemigos del alma. Mundo es, y mundo tentador aquella clase de políticos que sacrificando á sus intereses la rectitud y la justicia ni tienen otro Dios que su conveniencia, ni profesan la religion, sino por pura razon de estado. Mundo son, y mundo tentador aquellas mugeres profanas, que idólatras de la vanidad y compostura no aspiran á otra cosa sino á agradar y bien parecer. Mundo es que nos tienta la juventud ociosa, que no se emplea sino en los espectáculos y diversiones. Mundo es que nos combate la muchedumbre de ambos sexos, que hace gala y profesion de empeños amorosos: es el mundo por decirlo en breve una secta de hombres y mugeres licenciosos que haciendo de sus usos un nuevo evangelio pretenden establecer por máximas incontestables todo aquello que fomenta y lisonjea sus desordenados apetitos. ¡O y cuántos mundos, ó y cuántas tentaciones! Pero todo lo comprende sabiamente el catecismo en aquella pregunta y respuesta: *¿el mundo como nos tienta? trayéndonos los dichos y usos de los mundanos. Yo, pues, resuelto á descubrir*

ros en estas tres tardes las armas de un enemigo tan temible, para hablaros de sus perniciosos usos, me valdré de la industria del diestro general que no pudiendo asaltar á un tiempo la plaza y fortalezas enemigas emplea todas sus fuerzas contra aquellas en que conoce estar la mayor fuerza: así yo, reflexando en los usos mundanos que hacen mas viva guerra á la profesion cristiana, elegí por materia los tres mas peligrosos. Y á la verdad si en alguna cosa se juzga el mundo árbitro, y se abroga el empleo de legislador es principalmente en los trages, en las diversiones y las amistades: el decoro y decencia exterior para parecer en público, el descanso y recreacion de la vida, la sociedad y el mutuo trato de unos con otros son la base sobre que asegura el mundo su imperio, y el bello pretesto con que autoriza las máximas de la moda en los trages, en los bailes y en los galanteos. Y veis aquí en estos tres usos, otras tantas peligrosas tentaciones del mundo que serán el obgeto de mis exhortaciones: tentacion del uso y moda de trages indecentes: tentacion del uso de bailes peligrosos: y tentacion del uso de amorosos cortejos.

La confusion y vergüenza de su des-

nudez que trajo al hombre su primera culpa le obligó á cubrir su cuerpo con la simple vestidura que le ministraron en sus hojas los árboles; pero industriosa esta misma necesidad buscó despues su abrigo en las groseras pieles de los animales; y no contenta aun con estas fabricó en los tejidos sencillos de la lana vestidos mas acomodados á su desnudez. Aumentáronse en el mundo las culpas y creciendo al par del delito la soberbia pasó á ser vana ostentacion lo que antes era necesidad, y se mudó en fomento de la gala y la pompa lo que fué á los principios materia del pudor. No ha perdonado el hombre afán ó arbitrio que conduzca á su adorno sacando de las entrañas de los gusanos, de las ocultas minas de la tierra, y de los profundos senos del mar la seda, el oro y plata, y las preciosas perlas para vestirse; pero la diferencia de inclinaciones y de gustos de las diferentes naciones, la diversidad de estados y condiciones, y lo que es mas el antojadizo capricho del hombre, amigo siempre de la novedad, inventa cada dia nuevos trages y nuevos modos de vestirse autorizándolos con el nombre de moda. No me creais, señores, tan estravagante ni tan ridiculamente austero que haya yo venido á condenar

todo adorno ó á declararme enemigo de todas las modas. Sé muy bien que el lustre de la sangre y del empleo, que las diferentes gerarquias del estado, que el diverso gusto de los países y tiempos han introducido la variedad y decencia de los trages. No ignoro que la preciosidad y riqueza de estos autoriza y concilia el respeto á los grandes, distingue á los poderosos y fomenta los comercios. Que la compostura y la moderada gala es un gage tan propio de las mugeres que viven en el siglo, que tiene por apoyo no menos que al santo Apostol de las gentes: *similiter et mulieres in habitu ornato*. Mas cuando yo, sin afectar severidad, no repruebo el adorno y la gala, debéis vosotros convenir en que esta no es permitida sino con dos precisas condiciones de moderacion y honestidad que prescribia y señalaba el Apóstol á las mugeres: *similiter et mulieres in habitu ornato cum verecundia et sobrietate ornantes se*.

La moderacion, primer límite de la gala, consiste segun esplican todos los doctores con el angélico doctor en no exceder las facultades y caudal ni tocar en el extremo de la superfluidad: *mulieribus non prohibetur moderatus ornatus*,

sed superfluus. Esta verdad, que todos confiesan, la inutiliza el mundo y la hace inverificable en la práctica por aquel natural orgullo é insaciable deseo de lucir que le persuade á cada uno que por mas que se engalane, todo es correspondiente á su estado y condicion. Y en efecto si hubieramos de dar crédito á las sentidas quejas con que todos se lastiman de la decadencia del comercio, de la pérdida de la agricultura y de la falta de arbitrios de enriquecer y adelantar, con que ya los caudales van á menos cada día ¿quién no imaginará que nunca mas que ahora habia de reinar entre nosotros la moderacion en los trages desterradas las profanidades y vana ostentacion? Pero ¿cuándo mas que ahora han llegado al mas alto punto la vanidad y el fausto? Gastan las damas de la moda dos horas al espejo en prenderse y tocarse, en el afeite y la compostura, ocupan lo restante del día en discurrir nuevos generos de lazos, nuevas especies de peinados, emplean las mañanas enteras en las tiendas y portales mirando y remirando diges para disipar en pocas horas lo que el marido busca en muchos meses: pasean todo el día la calle tantos envanecidos narcisos idolatras de sí mismos, que compitiendo

con las damas, como si se avergonzaran de ser hombres, emplean dignamente sus cuidados en que los rizos no desmientan un pelo, en los ajustes del vestido, en la situacion de la redecilla.

Sin medirse con el caudal la pobre quiere igualar á la rica, y la rica aventajar á las iguales; no hay dia que no sea solemnemente para la sala, ni lugar reservado al lucimiento, y hasta en los mas obscuros pueblos se han introducido las modas adonde ántes se ignoraban sus nombres. ¿Y nos quejamos á vista del lujo tan universal de que los caudales desmerecen buscando falsos pretestos á la pobreza en la esterilidad de los campos, en la depresion del comercio, ó en la falta de arbitrios? Bien os acordais que en otro tiempo se declamaba agriamente contra la profanidad de los trages y galas, reflejando que en ricas telas y en tegidos preciosos de oro y plata, en diamantes y finas perlas se gastaban gruesos caudales; y que para ataviarse una muger, necesitaba un mayorazgo. Por el contrario, en nuestros dias se pondera la comodidad de las modas y sus gloriosos defensores gritan altamente que ahora á poco coste se puede adornar una señora; que ocupando las blondas y muselinas, los listados gra-

ciosos, las perlas y brillantes falsos el lugar de las telas costosas, de las preciosas perlas se engalana bizarramente una dama con muy poco dinero. Pero permitidme, señores, que entre yo en un coitejo de ambas modas y que os esponga una reflexa no indigna de mi asunto.

Gastábanse en otro tiempo muchos miles en aquellos preciosos atavios; pero siendo de una duracion la mas permanente y de un valor casi siempre el mismo, podia un rico marido asegurarse que si habia gastado seis ú ocho mil pesos en el adorno de su esposa, los tenia como depositados en alhajas que servirian á sus hijos y nietos, y que despues de treinta y cuarenta años, con poca ó ninguna rebaja, le podian rendir de nuevo todo su coste. Mas hoy que el adorno todo consiste en falsas piedras, en tegidos débiles, en listados despreciables, cuya duracion es de muy pocos dias, cuyo valor solo depende de la moda tan variable que (como flor efimera que nace hoy para morir mañana, ó como errantes luces ó fugaces relámpagos que lucen un momento para apagarse luego) mañana será ridicula vegez lo que hoy es nueva moda; ahora que en cada dia es preciso hacer nuevos gastos, y que una sola mu-

ger y no la mas profana, gasta en el término de un año trescientos ó mas pesos en diges inútiles; ahora que un padre de familias empleará en la muger y dos solas hijas cuando menos novecientos pesos anuales para vestir las á la moda, decidme ¿al cabo de diez años no habrá espendido nueve ó diez mil pesos en alhajas que á nadie servirán, cuyo valor será ninguno y en las que no encontrará la menor utilidad? Gastábase antes mucho; pero de una vez sola y sin perderlo todo: gástase ahora poco; pero se gasta muchas veces y al fin nada se logra.

Censurará acaso alguno esta reflexa como mas digna de un gabinete político que de un púlpito cristiano; mas ¡ojalá y no fuera tan cierto que estos superfluos escésivos gastos en nuevas modas acarrearán las mas funestas consecuencias! Porque ¿de dónde nace la desgraciada suerte de nuestros caudales tan lamentable que en el corto término de cuarenta años son muy pocas aquellas ricas y opulentas casas que entonces florecian, cuyos inmediatos herederos no estan reducidos á una triste mendiguez? Del fausto y vanidad ¿De dónde las usuras y los fraudes? De los que teniendo un corto sueldo gastan mas de lo que ganan, porque ni quieren gas-

tar menos ni pueden gastar mas sino con trampas ¿De dónde las riñas y divorcios de mugeres locas y vanas, que afligen al honrado marido para que las mantenga con mas ostentacion, ó buscan quien á costa de su honor se las fomenta? De la vanidad y el fausto ¿De dónde la desgraciada suerte de tantas doncellas de la moda que no hallan un marido juicioso, porque ningun hombre de honor aprecia para muger la que solo puede gastarle el caudal en vana profanidad, quedando tantas espuestas á una vil prostitucion? De que todas quieren vestir á la moda. ¡Ah! que segun la sentida espresion de Jeremias esos vanos trages, que sirven de alas á vuestra vanidad, vierten la sangre de los pobres: *in aliis tuis inventus est sanguis animarum pauperum*. Allí está en aquellos peinados la sangre del pobre acreedor á quien no se le satisface; de aquellos lazos brota la sangre del infeliz oficial á quien no se le ha pagado; teñidos estan aquellos listados en la sangre del pobre criado, de la criada miserable, del engañado mercader á quien se le debe; manchadas están esas brillantes galas con la sangre de la viuda desamparada, del huérfano sin abrigo, de la doncella perseguida, á quienes no se socorre: *in*

aliis tuis inventus est sanguis animarum pauperum. Desórden tan dañoso que ha pervertido no solo las leyes de la cristiana economía, sino aun las reglas de la policía civil. Porque confundido con las nuevas modas aquel bello órden de la república que demanda que por el traje exterior se distingán las condiciones y los caudales, ya se viste la noble como la plebeya, la señora como la criada, la de alta fortuna como la de baja, y, lo que es peor, la muger honrada se adorna como la vil ramera, faltando no solo á la moderacion sino á la honestidad contra la segunda condicion que prescribe el Apostol en los vestidos: *cum verecundia ornantes se.*

Pero antes de llegar á este punto capital de mi discurso queria yo saber de vosotros ¿cuál es la causa de que siendo tan frecuentes y severas las declamaciones que los ministros del Dios vivo hacen en estos últimos años contra los trages deshonestos, sea tan contrario el efecto, que refinándose cada dia mas el lascivo gusto de las modas aun personas de calidad y de una arreglada conducta ni forman el menor escrúpulo ni se avergüenzan de parecer en público, de asistir á los templos y de llegarse á la sagrada mesa

del altar con aquellos mismos adornos, que oyen reprehender en los púlpitos? ¿Será acaso porque oponiendo el mundo tentador á los ministros de Jesucristo sus predicadores estos en la cátedra de los estrados publican altamente que la virtud no es melindrosa, que en los púlpitos se dicen tal vez las cosas para amedrentar al pueblo, que las leyes de vestirse no las da un predicador imprudente, sino el uso de las cortes? ¿Será que perdido el horror á las mas justas reprehensiones por su misma frecuencia, se tiene tambien por una pura modera el predicar contra las modas, refiriéndose por donaire en las conversaciones, lo que se predicó contra este, ó aquel uso? Puede ser uno y otro; pero yo pienso que al oír los mundanos condenar universalmente las modas, como no descubren en algunas sino antojo y vanidad, bien que poco cristiana, juzgan igualmente de todas y no faltando razones para justificar en parte una ú otra, sentencian injustamente á favor de las demas. Por tanto deseoso, señores, de hablaros con una cristiana ingenuidad yo no condeno por pecado, ni censuro por modas deshonestas tanta clase de peinados, tanta diferencia de joyuelas y pendientes con que se adornan las orejas, el cuello, ó los bra-

zos; tanta variedad de trages para el dia y la noche, para el campo y la corte, si aunque estos usos por su esceso inútiles y profanos, no se oponen derechamente á la honestidad. Llamo si modas inmodestas é injustificables aquellas que sin añadir valor á la hermosura solo lisonjean el apé- tito: aquellas que no tienen otro uso que escitar la curiosidad de los ojos para en- cender la lascivia: aquellas en cuyo con- junto no se hallan sino ciertos preludios á la torpeza. Y valga la verdad. ¿De qué sirven sino de despertar una curiosidad lasciva esos mantos de rengues con que trasluciéndose la espalda toda asisten en el templo muchas mugeres? Esos vesti- dos tan altos (¡que no tenga yo palabras con que esplique sin tropiezo la lengua lo que ven con tanto los ojos!) esos ves- tidos tan altos en que se aspira á descu- brir un calzado provocativo::: y que sé yo que mas ¿hacen acaso mas hermosa á una muger, ó son solo correos que lle- ban á la imaginacion las noticias mas su- cias de impuros objetos? Esos desgotes de pecho y espaldas ¿añaden hermosura, ó son los predicadores mas elocuentes de la sensualidad? ¡Ah señores! si alguna vez la mano atrevida de algun pintor quisie- ra formar la copia mas fiel de una rame-

ra liviana y provocativa ni se valdria de otros colores ni la pintaria en otro trage. Yo me imagino que despues de haber le- cundado su negra fantasia con las ideas mas lascivas, despues de tirar lineas y formar bosquejos, despues de uno y otro retoque saldria en el lienzo una dama en un ademan ayroso y desenvuelto, descubriendo ó trasluciendo el pecho y la espalda, estrecho el ropage, tan alto el vestido, que descubriera mas allá de la garganta del pie, con un semblante que afectando gravedad y fingiendo sonrisa convidara á mirarla; y si alcanzara el ar- te á pintar los movimientos veriaís un andar estudiado, unos pasos, un manejo de todo el cuerpo entre desmayado y marcial, un descubrirse como quien se oculta y un provocar como quien desde- ña. Si os parece, señores, esta copia inde- cente é indigna de mi boca, de mi em- pleo y de este puesto echad la culpa al original que retrato. Quiero decir: si hor- roriza al alma esta muerta imagen que entra por los oidos ¿cómo no escanda- lizará el original que entra por los ojos? y sino puede ni aun imaginarse este objeto sin riesgo, ¿cómo se verá sin peligro? y si las mugeres rameras no tienen otro atractivo ni otros medios de pervertir

¿cómo se juzgan inocentes las señoras vistiendo del mismo modo?

¿Mas de qué sirve, me direis, tan vehemente invectiva? cúlpese á sí mismo quien nos mira con ojos torcidos, nuestra intencion es sana, nuestro fin no es malo. Vemos que este es el uso y sabemos que así se visten en las cortes todas, y no hemos de creer que en Méjico es pecado una moda tan comun en otras naciones cultas y cristianas. Sea así, señoras: yo haré este obsequio á vuestro honrado porte, y me violentaré á creer que quien no desea sino parecer bien, no esté espuesta á complacerse; que quien con un exterior inmodesto está diciendo, mirame, soy hermosa y deseo agradarte, no diga tambien, mira que soy facil y liviana: no sea así; pero ¿no sabeis que la mayor parte de los doctores moralistas condenan por pecado en las mugeres aquellos trages, que sin intervenir necesidad ó utilidad propia, saben que han de servir de escándalo á los demas? Pues (yo os lo digo claramente) con este género de trages, sabedlo, sois escándalo á los buenos que se horrorizan, se amedrentan y abominan un objeto en quien desde la cabeza hasta los pies no se pueden poner los ojos sin encontrar un tropiezo: dais

escándalo á los malos que aplauden y lisongean vuestra inmodestia porque aliena y anima sus criminales deseos. Moda es esta, yo lo confieso, uso es que se practica en muchas cortes; pero si el uso santifica las costumbres, canoniza ya la embriaguez, la usura, la torpeza, el lucro de cuya frecuencia está el mundo lleno: si el uso santifica las acciones, condenad un evangelio, un Redentor, un Salvador que vino á condenar el mundo y sus usos. No eran, señores, tan lascivos los adornos que tanto reprendian en su siglo San Crisóstomo, San Gregorio, San Gerónimo, San Ambrosio y San Bernardino. Y si en las ciudades mas cultas se ven estos excesos de malicia, por eso aun en nuestros dias se espican contra ellos tan altamente sabios y celosos ministros en Paris, en Roma y en Madrid.

Quando vemos muchas damas de Méjico discurrir por las calles y plazas, asistir en la iglesia á los divinos oficios, llegarse al confesonario y á la sagrada mesa con un manto que deja entrever desde la cabeza hasta la cintura, con los pechos ó descubiertos del todo, ó, lo que quizá es peor, cubiertos con un sutil velillo que solo sirve de atraer los ojos incautos á registrarlos con menos temor:

cúando las veo con el vestido tan alto, segura segun parece su conciencia, no puedo menos que decirme á mis solas ¿es menos celosa nuestra religion de la honestidad de lo que fué en otro tiempo, ó tienen ya las modas un privilegio que ignoraron los primeros hombres del cristianismo? ¿Por qué el Apóstol de las gentes Pablo intima con tanto rigor á las mugeres que se cubran las cabezas para no escandalizar á los justos? ¿Por qué el santo pontifice Lino mandó tan severamente que las mugeres no asistieran en los templos sino cubiertas las cabezas? ¿Por qué Tertuliano, siguiendo las huellas de los padres, reprende con tanto zelo ciertos sutiles velos con que se cubrian las mugeres nada diferentes de los mantos de rengue ó de rejilla? ¿Por qué los mas juiciosos moralistas condenan á pecado mortal la vergonzosa desnudez de los pechos? ¿Por qué el celoso prelado San Carlos Borromeo mandó que en su diócesis se negara la sagrada comunión á las mugeres escotadas? Pero estas máximas no comprenden á las damas de moda. Pues si nada de esto las comprende, hablará quizá con ellas la formidable amenaza de Dios por Isaias: vosotras (palabras son del mismo Dios) vosotras desvanecidas y orgullosas cami-

nais por esas calles con marcialidad y desenvoltura estudiando y componiendo los pasos y movimientos; pues yo echaré por tierra, y con mi mano omnipotente y vengadora atrancaré esos ídolos de la moda; yo destrozaré esos vanos tocados, esos calzados escandalosos: *Pro eo quod elevatae sunt filiae Sion et composito gradu incedebant, in die illa decalvabit Dominus verticem filiarum Sion et auferet ornamentum calzeamentorum.* Yo arrojare por los suelos esos pendientes y lazos, esas escofietas y collares, fomento de la vanidad: *et torques et monilia et armillas et mirras.* Yo destrozaré esos mantos sutiles, esos velillos engañosos con que ostentais lascivamente el pecho y las espaldas: *et mutatoria et paliola et lintamina.* Si estos rayos que Dios fulmina contra la vanidad é inmodestia de los trages no bastan á desterrarlos de nosotros; Mégico, Mégico, tus perniciosas modas serán el triste vaticinio de tu cercana ruina: *et marebunt atque lucebunt porta ejus et desolata in terra sedebit.*

Mas ¿qué será razón, señores, culpar en todo á las mugeres siendo ellas acaso las que tienen menos culpa? Discúlpase la muger casada con que á pesar suyo usa de esos trages por condescender al pre-

cepto ó gusto del marido: escúsase la doncella con la voluntad del padre que le da semejantes adornos: si estas disculpas son ciertas, vosotros maridos y padres de familia sois la causa de este desorden, y solo de vosotros puede esperarse su remedio. Lo que no pueden los predicadores con la doctrina, los celosos principes con sus ordenanzas, los confesores con sus consejos, podeis vosotros remediar facilmente: emplead alguna vez la autoridad que os dió Dios sobre vuestras mugeres, é hijas para gloria del Señor y vuestra valiéndoos del consejo, del precepto y de la superioridad que os dan las leyes. Desterrad unos usos que llenan vuestra casa de disolución, vuestro nombre de oprobrio, y vuestras familias de calamidad. ¡Oh! y todas las señoras se unieran de acuerdo en vestirse con la mayor modestia convirtiéndo en moda la honestidad y moderación y haciendo gala del recato: si aun entonces murmurase de vosotros y vosotras el mundo publicando al veros parecer en público modestamente vestidas que esta es poca civilidad, si lo atribuyese á ruindad y poco cultivo, alegraos, dice Jesucristo, verdaderos cristianos, pues que el mundo os moteja y desprecia: *si de mundo essetis, mundus quod suum erat*

diligeret. Dichosos vosotros si os aborrece y os hace objeto de sus sátiras aquel mundo que primero aborreció á Jesucristo y censuró de locura su doctrina: *si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit,* y desdichados si quereis complacer y agradar á este mundo tentador, á este mundo que condena Jesucristo, á este mundo enemigo de Dios y de su gloria.

Plática segunda: el mundo enemigo del hombre en el uso de bailes peligrosos.

Al leer los prodigiosos efectos de la antigua música con cuya variedad de tonos ya alegres y ya graves, ya dulces y patéticos, y ya marciales y belicosos solian los diestros egecutores templar, ó irritar á su arbitrio las pasiones del alma calmando ó encendiendo sus afectos: al leer, digo, esta maravillosa eficacia que se echa menos en la música moderna han llegado muchos sabios á dar á aquella una noble preferencia sobre la nuestra. Y en efecto ¿qué portentos de esta clase no se refieren en las historias griegas? tañendo Antigenides un tono marcial irritaba de suerte al grande Alejandro que le hacia saltar de la mesa del banquete á tomar las

armas frenético y furioso. Templaba Timoteo y helaba la ira de este enfurecido príncipe tocando otro tono dulce y tranquilo. Variando Pitágoras los tonos unas veces apagaba y otras encendía la pasión mas ardiente en un joven. Si estos sucesos son verdaderos, sin duda han tenido razón los que no hallando en nuestra música semejante virtud la han reputado inferior á la de los griegos: pero si esto es así parece que para contrapesar á aquella ventaja, se valió la música en estos tiempos del baile; por cuyo medio si la antigua sabía mover los efectos nobles del ánimo, la moderna se ha hecho señora para mandar á las pasiones mas vivas aunque delincentes, de suerte que no hay pasión ya sea la de amor, ya de celosas iras, ya de descanso, ya de desenvoltura que no esciten los tonos músicos en los bailes. Nadie puede negar que ha sido el baile recreacion de todos los tiempos, y comun á las naciones aun mas bárbaras: recreacion la mas oportuna en que juntándose al ejercicio corporal la alegría modesta del ánimo hallará el hombre un descanso á las tareas del cuerpo y un dulce reposo á las fatigas del espíritu, tan honesta por su naturaleza que mereció ser un culto no indigno de la Deidad

celebrando los hombres con el baile las fiestas mas sagradas y consagrando á Dios esta accion de regocijo y de alegría. Bailaba ante la arca del Señor el Santo Rey David, no desdenándose de mover con alegres saltos aquellos reales pies acostumbrados á hollar y pisar las cabezas de los enemigos del pueblo fiel. El nos convida muchas veces á esta demostracion representándonos con la metáfora mas hermosa de un baile á los montes saltando alegres, regocijados á los campos y á los rios como que aplaudieran con golpes de manos la adorable presencia del Señor: *gaudebunt campi, flumina plaudent manu simul montes exultarunt á conspectu Domini.*

Mas como la perversa astucia del mundo tentador sabe convertir la mas saludable triaca en veneno, hizo del baile un uso pernicioso para formar de él la mas peligrosa tentacion. Compusiéronse tonos acomodados á las pasiones; discutiéronse nuevos géneros de bailes; estableció el mundo por ley de la danza la mezcla de ambos sexos y aquella honesta recreacion que pudo alguna vez servir de obsequio al mismo Dios, se mudó en la victima mas negra que se sacrificó al demonio. Yo, señores, para ponerlos á la

vista los daños imponderables de los bailes, querria hallar el debido temperamento en una materia de tanta importancia para no condenar nimiamente severo lo justo y lo tolerable, ni absolver como inocente lo prohibido. Al contemplar por una parte (decia un sabio y egemplar del siglo pasado) que los padres todos de la iglesia condenan con las espresiones mas espantosas los bailes, y al reflexar por otra que los maestros del moral con no menos autoridad que la de Santo Tomas, los absuelven de culpa: ¿qué otra cosa se puede pensar sino que estos últimos hablan del baile considerando en sí, y segun su naturaleza, en cuyo respecto es cierto que no es pecado, y los padres le condenan en la práctica por los riesgos que en él se mezclan y en atencion á sus graves peligros? Bien podia yo, sin incurrir en la nota de temerario, seguir este rumbo tan autorizado: mas para quitaros todo tropiezo, convengo desde luego en que hay ciertos bailes serios, honestos y moderados que se pueden egecutar sin culpa: convengo en que guardando ciertas precauciones que explicaré á su tiempo se pueden con seguridad de conciencia prevenir sus riesgos. No niego que la civilidad, la cortesía, y las circunstancias de

un empleo visible obligan muchas veces á concurrir y alegrarse con honestos bailes; pero deseó esta tarde que conoçais que los que se usan comunmente entre nosotros están tan corrompidos, tan llenos de peligros y riesgos, que ellos son el fomento de las pasiones mas criminales y la tentacion mas poderosa con que combate á la virtud el mundo enemigo del hombre. *Y aunque sería necesario ó ser peregrino en Méjico ó haber vivido con los oídos y los ojos cerrados á las funestas consecuencias de los bailes para no estar convencidos de su sumo peligro: para formaros un justo concepto de los que hoy se practican, atended. No ha muchos años que vino á esta corte con destino de ver su grandeza y de divertirse en ella un hombre nacido y criado lejos de Méjico en una obscura y humilde rancheria en la que habia pasado sus dias cultivando el campo de sus padres: ignorante del todo de las mundanas diversiones, y aunque rústico, de entendimiento despejado é instruido en las maximas de una virtud cristiana. Con la curiosidad de quien venia sin otro fin que recrearse, y atraído de la novedad de cosas hasta entonces de él nunca vistas, no hu-*

bo lugar público, ya sagrado, ya profano que no registrara con atención asistiendo muchas veces en las privadas y públicas diversiones. Satisfecho en fin su deseo se volvió á su obscuro y pobre pais; y como suele suceder en estos casos á quien viene de visitar algun lugar célebre, se le rodeaban los parientes y vecinos preguntando una y muchas veces qué cosa era Méjico? y pidiéndoles que les refiriera qué cosas particulares habia visto en él? Ponderóles la hermosura y simetria de su formacion, la magnificencia y adorno de los templos, la riqueza y grandeza de los cortesanos, la variedad de las galas, la urbanidad y afable trato de sus moradores. Pero entré todo, les dijo lleno de admiracion, lo que mas me ha asombrado ha sido cierta especie de hechizo con que se enloquecen y salen fuera de sí los hombres y mugeres siempre que concurren á sus bailes. Son por la mayor parte las personas de ambos sexos en Méjico tan observantes del exterior pundonor, que es digna de admiracion la seriedad y grave circunspeccion que guardan en las públicas concurrencias. Procurase en estas y aun en los mismos templos en cuanto es posible la separacion de hombres y mugeres; si

se visitan nadie escude de un honesto cumplimiento, no salen en público las doncellas de calidad sino acompañadas de su propia madre ó de alguna matrona de respeto; y se observa con tanto escrupulo el recato, que se tendria por poco menos que delito el que un hombre tomase la mano á una muger sino es cuando el parentesco ú otro honesto titulo justifica esta urbanidad; pero toda esta modestia y circunspeccion se acaba luego que el hechizo que los digo se apodera de ellos en sus bailes que son muy diferentes de los nuestros. Juntanse de noche y se sientan separados en una sala hombres y mugeres ostentando todos gala bizarra: comienzan de dos en dos ciertas danzas serias y magestuosas, pero á breve rato, haciendo su efecto el hechizo, saltando á un mismo tiempo y mezclados ya hombres y mugeres todo es confusion y desorden: tómanse de las manos, enlázanse de los brazos, corren ácia todas partes con una risa desmesurada estrechándose los cuerpos y empujándose con el manejo mas libre. Aqui se ve una doncella de buen porte asida fuertemente por la mano de un joven lozano; allí una casada de honor unidos ambos brazos con los de un hombre alegre; á una parte hablan á es-

casas y en secreto un hombre y una muger; á otra la casada y la doncella retiradas del padre y marido conversan largamente con un hombre que jamas han visto. Aumentase el hechizo y crece mas á cada hora. Sigúense, despues de aquellas danzas de enlace, al son de otros tonos mas alegres y festivos unos bailes egecutados con los movimientos mas lascivos y obscenos; todos los celebran con palmas y voces; y frenéticos hombres y mugeres fueradesí y olvidados de su respeto y condicion discurren ácia todas partes: la conversacion libre, el movimiento liviano, el juego de manos, el esterior todo descompuesto son los lastimosos accidentes de esta locura. Al ver y notar esto sin poder contenerme decia yo á algunos de los circunstantes ¿qué nuevo género de hechizo es este y como en un momento han perdido el juicio hombres y mugeres? ¿cómo está tan desahogada aquella doncella y como á vista de su mismo padre habla, se rié y permite las llanezas de aquel mancebo á quien en una visita privada apenas saludaba? ¿cómo la otra casada que mostré cuando entraba en el festin tanta gravedad que apenas inclinó ligeramente la cabeza ácia los circunstantes en un instante se ve tan

mudada que á vista del marido da la mano, se deja estrechar, se enlaza livianamente con aquel joven y celebra con risa su libertad? ¿Y cómo el padre y el marido que si en su casa en presencia de algunos domésticos hubieran visto que algun hombre extraño tomaba la mano á su hija ó á su muger le hubieran reprendido ásperamente, ahora toleran cosas peores en un público concurso? Callad, me decian los circunstantes, vos como rústico ignoras lo que es marcialidad: estos son usos del mundo político y de las cortes, y vuestra admiracion es ridiculo escrúpulo de hombre sin cultivo. Despues de todo, amigos, yo vengo tan compadecido y lastimado de esta enfermedad, que, por mas que se me dijo que este era alegre vinculo de la sociedad y recreacion cortesana, estoy persuadido que personas racionales y cristianas no pueden en su juicio abandonarse á escesos tan públicos é irregulares; y que uno de los efectos de aquel hechizo es cegarlos para que no conozcan su locura.

¿Y qué decis, señores, descubris alguna falsedad en la sencilla descripcion de nuestro rústico, ó calificais de grosera ignorancia el dictamen que él se formó de que hay algun hechizo en nuestros bailes?

Mas ojala y fuera tñna verdadera locura la causa de este esceso y no un voluntario hechizo de la pñsion mas nociva que se introduce hasta la alma en los bailes por los sentidos: Cada uno de ellos es en efecto en estas concurrencias un eficaz estímulo á la liviandad: allí ven los ojos quantos atractivos tiene la hermosura en la gala, la bizzarria y el donaire; la alegría, afeite el mas propio para los colores de un rostro, resalta en los semblantes de todos: miranse reciprocamente con libertad los ojos, y se esplican en el language mas elocuente que usa la pñsion: la noche y el bullicio dan confianza á los hombres, y atrevimiento á las mugeres: la lengua mas recatada habla con osadía, y se oye sin medlar la palabra lisonjera y la pretension amorosa: bailan, mas que los pies en la sala, en el corazon los afectos mas inquietos y placenteros al son de una música afeminada de melodia suave compuesta de tonos y aire patético, si, pero que tienen un gran parentesco con las aficiones lascivas, no se dicen sino letras y versillos de amor, no se ven sino gestos, movimientos y acciones de liviandad: asaltan al tacto juegos de manos que se aprietan, que se enlazan y que se toman la libertad que ya sabeis; y en medio de tantos ries-

gos, distraido el espíritu, acometido por todas partes de enemigos tan lisonjeros ni ve, ni oye, ni refleja en su peligro. Sabed, me decia en cierta ocasion un hombre de juicio y virtud que habia pasado la flor de su edad entregado á los bailes; sabed que cuando estaba yo mas olvidado de Dios y mas esclavo de mis carnales apetitos me retiré de bailar contradanzas no por motivo santo, sino por el mas perverso; porque son tan vivos, tan ardientes los impuros deseos que engendran la libertad y el manoseo, que no pudiendo ni satisfacerlos ni reprimirlos me separó de las contradanzas la imposibilidad de ejecutar todo aquel mal á que ellos me impe-

Id ahora y preguntad si eran otros los bailes que condenaron los padres todos de la iglesia, y si hallais que aquellos no contenian otro desorden que desenvoltura en las conversaciones, letras provocativas, manoseos peligrosos que son el distintivo de los nuestros: creedme que contra nuestros bailes se han dirigido sus censuras. De nuestros bailes habla S. Efren cuando los llama tinieblas para el hombre, perdicion para la muger, tristeza para los ángeles, fiesta para Satanas: *ubi chore ibi vivorum tenebræ, mulierum perditio, ange-*

lorum tristitia, diaboli festum. Nuestras danzas condenó S. Ambrosio cuando dijo que solo iban á ellas las hijas desenvueltas de una mala madre imitadoras de su perversidad: *salient adultera filie.* Nuestros festines tenía presentes el devoto Gerson cuando exclamó que todos los vicios danzan en los bailes: *omnia peccata chorizant in chorea.* Y porque no imaginéis que en aquellos tiempos habia alguna especial malicia que no hay en nuestros días: recientes estan y vecinas á nuestra edad las constituciones de dos sínodos de Oviedo en España, los cuales y especialmente el último celebrado el año de 1761 prohíben con pena de excomunion mayor las contradanzas, y todo otro baile de enlace. Y si tantos peligros hallaban los padres mas sabios y santos en bailes de su naturaleza indiferentes por las circunstancias con que se practican ¿qué habrían dicho, señores, de otra clase de bailes lascivos, desenvueltos y por sí mismos impíos y provocativos? Bailes que no se egecutan bien si no se egecutan con malicia; bailes cuyo atractivo consistió solo en la torpeza de los movimientos y en las letrillas soeces con que se acompañan; bailes que para verlos es menester tener unos ojos alimentados en la maldad, y

para oirlos describir serian necesarios oídos tan impuros como ellos. Bien sabeis de cuales hablo.

¿Mas qué decís, semejantes bailes se usan entre nosotros? Se usan sí; y no hay alegre concurrencia, no hay festin, no hay calle ni plaza en que públicamente no se bailen. Se usan, y cuando en otros tiempos los mirábamos con horror aun en la gente de baja esfera, hoy personas bien nacidas los egecutan, los celebran y asisten á ellos. Se usan y sabiendo que el tribunal santo de la inquisicion condena y escomulga generalmente á los que cantan y bailan coplas y sonos provocativos, se afecta ignorancia y se anda preguntando ¿si estos bailes que usais estan incluidos en el edicto? Se usan y los padres y madres los enseñan á sus pequeñas hijas, los aplauden en ellas como chisté y vemos con espanto á tierneccitas é inocentes niñas esplicar con movimientos indecentes del cuerpo obscenidades de que aun no son capaces sus espiritus. ¿Y adónde hallaré yo nombre que esplice toda la abominacion de este desorden? ¿Le llamaré desenvoltura, disolucion, descaro? ¿Pero cuando la disolucion en el pueblo cristiano ha llegado á tanto estrémo que haga gala de la publicidad, y que sin in-

terés suyo se complazca con arruinar y perder muchas almas? ¿Diré que estos bailes son un resto de las fiestas impuras del ciego gentilismo y una señal de irreligión? ¡Mas hay! que aun los mismos gentiles condenaban y reprehendian estos bailes como el mas triste escollo de la honestidad. ¿Le llamaré locura y frenesí originado de los usos del mundo tentador? Este solo nombre puede convenir, señores, á la culpa de quien asiste y practica semejantes bailes, pues solo un hombre frenético puede, abandonando el decoro, el pundonor y aun las esterioridades de cristiano, querer parecer deshonesto. Locura es esta que dejando bastante reflexa y libertad para el pecado, ciega para no conocer que se atropellan las leyes de la religion y de la buena crianza.

Oyendo estoy á muchos que agitados, no sé si de un triste despecho ó de un cristiano deseo de su instruccion, esclaman: ¿luego ya no se puede bailar ni asistir á los bailes sin pecado? Los provocativos é indecentes por mas que se usen estan prohibidos; los indiferentes por las circunstancias que los acompañan son ocasion muy peligrosa de pecar: ¿luego ya para nosotros se acabaron los bailes? Para satisfaceros oíd la respuesta no

de algun doctor rígido ó de algun santo retirado y austero, falto de esperiencia ó de conocimiento del mundo; sino de un hombre cuya dulzura y suavidad de espíritu, cuyo trato civil y frecuente comercio con las cortes mas célebres, cuya dulce condescendencia á todo lo que no era pecado le elevaron á ser el Apostol de Chamblais, y le merecieron la estimacion y aprecio de los mismos hereges; del grande obispo San Francisco de Sales. Escribiendo éste á todos los cortesanos bajo el nombre de Filotea, y enseñando prudentes reglas para practicar la virtud en la corte, cuando trata de los bailes los permite solo con tres condiciones: la primera (habla de los bailes honestos por su naturaleza) que se baile con modestia, dignidad y recato: la segunda que se baile poco y pocas veces y solo cuando lo pida la precision de condescender á un justo respeto ó á un convite inescusable, y tal vez por recrear moderadamente el ánimo en concursos que no sean sospechosos: la tercera que despues de la danza se use de alguna santa consideracion de la muerte, de la brevedad de la vida, de la vanidad de sus pasatiempos que estorbe la perversa impresion que el baile puede causar en el

Y:

espíritu. Advierte Filotea, decía el santo obispo, que los mejores bailes no son muy buenos: que ellos ordinariamente son la causa de los pecados y vicios que reinan en un lugar, de las pendencias, de las envidias, las burlas y los locos amores.

Estas tres consideraciones tan conformes á la ley cristiana dictadas por un director el mas suave para las personas cortesanas que viven entre los empeños del siglo, tan conciliables con todos aquellos títulos de urbanidad, alegría y concurrencias públicas que puede ofrecer la corte: estas precauciones, digo, no sé si en lugar de servir de regla para los bailes serán por el contrario la sentencia que condene la conducta de los mas que los practican. Ellas, sin duda, condenan á aquel joven y á aquella dama que sin reserva de tiempos ni lugares, sin otro título que el de su loco placer son los primeros en estas diversiones, sin que haya festín á que no asistan ni danza en que no sean el principal personage. ¿Y qué disculpa podrá tener á vista de estas reglas tan prudentes aquella muger cortesana que baila casi en toda concurrencia desde las primeras horas de la noche hasta el amanecer del dia siguiente admirando todos cómo puede haber tanto

vigor en una muger delicada; y que sufra un egercicio tan largo y de tal fatiga la que no puede hacer un ayuno ni tener media hora de meditacion por su flaqueza? ¿Y cuántos hay en el mundo que despues de la danza se apliquen el util correctivo de la consideracion de la muerte é infierno, de la brevedad de la vida y de una eternidad espantosa? No son estas verdades para quien despues del baile no revuelve en su corazón sino lo que vió en él; la gracia de aquella dama, el donaire de aquel mancebo, preparándose en el festin de hoy para el dia siguiente. Estas tristes meditaciones solo servirian de melancolizar el espíritu y de agriar toda la dulzura del festejo. Pero si estas precauciones os parecen, señores, ó nimiamente austeras ó impracticables, desengañaos, no hay medio, ó moderar los bailes con esta templanza y estas reglas, ó esponerse á un riesgo casi cierto de pecar. Y si no obstante la respetable autoridad de este sabio prelado quereis aun hechizados del placer engañaros á vosotros mismos con la falsa persuasion de que todo esto es respectivo á las conciencias y temperamentos, que para unos es indiferente lo que para otros es pecado, y que vosotros experimentalis que los bailes no

os traen los daños que he ponderado, convenzaos por último el secreto testimonio del corazón y decidme, ¿es acaso el objeto principal de vuestro regocijo la suavidad de los tonos músicos y los artificiosos enlaces de la danza? No ciertamente porque á ser así igualmente os divertiríais si danzáran solo hombres con hombres ó mugeres con mugeres, ó si solo se ejecutáran piezas graves y magestuosas en que hay mayor arte y primor: el festin no os alegra sino se mezclan hombres y mugeres; no estais satisfechos mientras no llega la hora de las contradanzas, el manejo, la palabrilla amorosa, el trato libre con la que sollicitasteis que os cupiera en la danza. Es, señores, que se buscan los fomentos de la oculta inclinacion al otro sexo que es la que anima el baile, y por eso solo son de vuestro gusto en los que se mezclan mugeres y hombres. Raiz tan venenosa no puede producir sino frutos de corrupcion; de origen tan viciado no pueden dimanar sino arroyos caudalosos de obscenidades.

Infelice pueblo de Israel! El primer baile que los israelitas hicieron entre hombres y mugeres fué para celebrar los sacrificios con que idolatraban en el be-

cerro de oro: *obtulerunt holocausta et surrexerunt ludere*, como que esta danza hubiera sido funesta consecuencia de la idolatria. Pero no sé si mas infeliz el pueblo cristiano que cada dia representa al revés esta tragedia siendo sus ciegas idolatrias efecto de los bailes. Porque ¿adónde fabricó aquella doncella el idolo amoroso á quien hoy sacrifica su honor, su recato y aun á Dios mismo? en el baile. ¿De dónde tomó principio la loca idolatria de aquel joven que perdido de amores idolatra, como él dice, adora y vive sin juicio por una vana hermosura? del baile. ¿De donde dimanaron los odios, las riñas, los celos, las deshonras, los divorcios, los escándalos que hoy son la víctima de un amor impuro? del baile. Perdióse el sosiego, perdióse la honra, perdióse la alma, y se perdió Dios en el placer del baile. O ¡oh qué costosos os han sido, mortales insensatos, vuestros regocijos, principio de vuestros mas tristes disgustos! Vosotros reputais por insensatez y melancólica austeridad la conducta de aquellos que pasan sus dias, ó retirados ó usando moderadamente de estos recreos, viviendo en un espíritu de compuncion. Pero estos, dice Jesucristo, son mis verdaderos hijos. Gócese el mundo, convide á los suyos

con sus usos placenteros y alegres, vosotros si sois fieles cristianos llorad y gemid en amarga tristeza: *mundus autem gaudebit, vos vero contristabimini.* ¡Terrible y espantosa sentencial El placer, la desmentrada alegría, el apego á las diversiones son la insignia de los hijos del mundo tentador condenado y aborrecido de Jesucristo. La tristeza, el desconsuelo y el melancólico retiro son el caracter de los discípulos del Salvador: *mundus gaudebit vos vero contristabimini.* Mas al fin aquel gozo mentido, aquel regocijo, aquellos bailes pararán en mortal rabia, en desesperacion, en eterno penar: convertiráse por el contrario vuestra amargura en un gozo interminable, de cuya posesion ninguno os privará: *Sed tristitia vestra convertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tolet a vobis.*

Plática tercera: el mundo enemigo del hombre en el uso de amorosos cortejos.

¿Luego hube yo, señores, de venir estas tres tardes con el caracter de un rígido censor á perturbar vuestra seguridad, á poner estrechos límites á vuestros adornos y galas y á condenar los regocijos de un mundo placentero? ¿Luego hube

de parecer en vuestra presencia, no á esPLICaros algun misterio fundamental de nuestra fé, ó para persuadiros derechamente el amor de alguna virtud cristiana, sino como un melancólico Jeremías, ó como un Isaías poseido de la indignacion del Señor á reprehender y censurar vuestras costumbres fulminando amenazas y pronosticando desdichas? ¿Y hubo de ser por último el obgeto de mis exhortaciones el mas desapacible para el mundo, y el mas odioso, ó ingrato á los oidos de los mundanos? Mas qué ¿al contemplar yo una ciudad tan favorecida y amada de Dios, singularmente protegida de María Santísima, tan célebre por su piedad y religion casi anegada, y para naufragar en los escollos de un mundo tempestuoso imaginando una calma tranquila sus perversos usos, podia yo por temor de no desagradaros callar, y dejarla sumergir infelizmente? Yo tuve por mejor esponerme á la nota de importuno desengañando vuestro corazon de las ilusiones de un mundo enemigo, que complaceros ins- trayendo vuestro espíritu en alguno de aquellos artículos santos en que está bien firme vuestra creencia. Es verdad que hasta ahora no he hecho otra cosa que prepararos para la doctrina mas amarga,

y como suele el prudente médico que, al reconocer que el cancer maligno se va apoderando de alguna parte noble, primero corta y destroza al rededor hasta que la necesidad le obliga á llegar á la raíz, ó con la incisión ó con el cauterio; así en las tardes antecedentes solo os he preparado para cortar la raíz cancerada de los mundanos usos: raíz corrompida; pero tan cercana al corazon que bien conozco que para arrancarla será preciso heriros en lo mas amable de vuestra vida. Ya advertis que hablo de las amistades tiernas de personas de diverso sexo, que en language del mundo se llaman cortejos. Este uso, tan antiguo casi como el mismo mundo, es como el centro de donde salen y adonde se terminan las líneas de los demas usos profanos. De estas amistades nacen, y á ellas se dirigen la vanidad y adorno inmoderado de los trages; ellas animan y ellas son el blanco adonde tiran los bailes peligrosos. Las otras modas nacen y mueren cada dia, ésta sin limitarse á tiempo ni á paises, como aquellos delincuentes que mudan á cada paso el trage por no ser conocidos, ella siendo siempre la misma para ocultar su malicia se viste de nombres inocentes; pero luego que se ve descubierta y perse-

guida bajo un nombre, busca otro para engañar de nuevo: maligno origen de donde han provenido los nombres de galanteria, sociedad amable, vínculo de la humanidad y cortejo. No es mi ánimo, señores, reprender ahora aquellas inicuas amistades que desde sus principios se concibieron por un deseo desordenado y que se mantienen por una torpe complacencia: hablo de aquellas cuyo fin, cuyos medios, cuyo fomento todo parece el mas inocente; una correspondencia tierna de personas de diverso sexo que se visitan diariamente, que gastan horas enteras en conversar á solas, que hacen lei de no asistir al paseo, al festin y al templo santo sino acompañadas: una correspondencia que se da por ofendida de otra igual, que se explica con dones y regalos, que demanda un continuo y obsequioso servicio del hombre á la muger; veis ahí lo que el mundo llama cortejo: el fin que se propone no otro que un honesto y dulce trato; la máxima que los conduce de civildad, de honor, de urbanidad los hace vivir seguros y tranquilos ponderando que estan muy lejos de todo riesgo. Principios ambos ruinosos y falsos en que hay dos engaños perniciosisimos: el primero sobre el fin que siempre es funestor

el segundo sobre el origen que siempre acarrea deshonor, porque, por mas que el mundo nos alucine con su uso, esos amorosos cortejos son la ruina del alma y de la honra.

No me condeneis de temerario ántes de oirme, ó por mejor decir ántes de oir la doctrina, no de algun padre, oráculo ó maestro de la iglesia, no de algun sabio doctor del moral y las costumbres, no de algun predicador zeloso; sino del mismo Dios suma verdad que se dignó ser el autor de unas leyes llenas de dulzura y las mas conformes á la razon, cuyos preceptos y consejos no trastornan ni destruyen, sino que reglan y perfeccionan el trato civil y la humana sociedad. Dios en cuyos testimonios no hay exageracion ni estudiadas ponderaciones contra la verdad, este Dios solícito en enseñar los riesgos para que los evitemos, parece que no hallaba en los libros santos palabras sobradamente espresivas para descubrir el peligro de estas amistades. Tan difícil es dice al cap. 6 de los Proverbios andar sobre brasas encendidas y no quemarse, como tocar aun por juego la ajena muger y no mancharse: *Nunquid potes homo ambulare super prunas ut non comburantur plantæ ejus, sic qui ingreditur ad mu-*

lierem proximi sui non erit mundus cum tetigerit eam. ¿Mas qué es tocarla? no te sientes, se dice al cap. 9 del Eclesiástico, al lado de la muger: *cum muliere aliena non sedes omnino.* Aun es poco: huye la calle donde mora para no pisar ni aun los umbrales de su casa: *longe fac ab ea viam tuam et ne appropinques foribus domus ejus.* Ni es esto todo: no la mires al rostro por no escandalizarte: *virginem ne conspicias ne scandalizeris.* ¿Qué es al rostro? ni al rededor de ella: *ne circumspicias speciem alicuius.*

Con estos estrechísimos consejos, que tienen por objeto la posible separacion aun de cosas indiferentes, quiso Dios hacernos conocer los riesgos de una pasion tan formidable, que aun para evitarla no hay reparo que sobre y apenas hay precaucion que baste. Pasion que no respeta ni á estados ni á calidades y rompe aun los mas estrechos vínculos de la sangre: tan sutil que para introducirse la basta una sola mirada y aun una imaginacion pasagera: tan atrevida que ha sabido asaltar los mas estrechos claustros y las horrosas grutas de la Tebaida y de la Nítria: tan ardiente que ni la nieve de las canas, ni la sangre derramada al rigor de las crueles penitencias, ni las copiosas lá-

gimas de la mortificacion han apagado del todo su nocivo fuego. Apenas hay defensa, nos dice Dios, sino la fuga: no toques, no te acerques ni aun mires la muger extraña para no escandalizarte: *cum muliere aliena ne sedcas, ne apropiques foribus domus ejus: virginem ne aspicias.* Cotejad ahora, señores, las palabras de un Dios sabio, que en todo amenazan riesgos, con la falsa seguridad de un mundo cortejante, y decidme ¿quién se engaña? Dios dice, no toques ni aun por juego á una muger; y aquel joven se cree seguro tomando libremente la mano, estrechándola largo rato y pasando á juegos peligrosos, y dice en esto no hay pecado. Dios aconseja: no te acerques si fuere posible á los umbrales de su puerta, y un hombre que gasta las horas enteras solo á solo con una muger, en lo mas retirado de un gabinete, que la acompaña dias y noches, que esta á su lado en la casa, en el campo, en la iglesia se imagina seguro y dice en esto no hay pecado. Dios clama; no mires ni al rededor de la doncella; y el padre y la madre de esta viven descuidados permitiendo con pretexto de casamiento ó por otro ruin interes que el mancebo la vea á solas, le hable y le regale y la saque de

la mano por las noches y publican que en esto no hay riesgo de pecado. ¿Quién se engaña, vuelvo á preguntar? Dios que os intima vuestro peligro aun en cosas indiferentes ó el mundo que os lisongea con vanas confianzas? Verdad es, me diréis, que Dios no puede engañarnos; pero como mi fin es inocente y las intenciones santifican las obras, yo he esperimentado que despues de algunos años que sigo esta correspondencia vivo tranquilo y sin inquietud sin habermé deslizado á la accion menos cristiana ni haber padecido ruina en el alma. Sea así, católicos, ¿pero no sabeis que esa misma tranquilidad en que habeis vivido, esa serenidad de conciencia, ese largo tiempo en que os habeis mantenido sin culpa es un pronóstico casi cierto de que está cercana vuestra perdicion? ¿Habeis visto algunos hermosos dias de otoño en los que la alegría de la mañana, el campo florido y ameno, la region despejada de gruesos vapores, el cielo limpio, claro y sin la menor señal de tempestad prometen un tiempo tranquilo y sereno; pero á la tarde repentinamente se cubre el cielo de negras y espesas nubes, asusta con truenos y relámpagos, y arrojando rayos ácia todas partes parece que va á causarnos

nuestra última ruina? ¿Y de dónde tan tempestuosa furia? Aquel campo ameno y risueño estaba desde la mañana despidiendo sutiles vapores imperceptibles á nuestra vista que uniéndose poco á poco en la region formaron repentinamente esa negra tempestad. Tranquila está, señores, serena y libre de toda impresion maligna vuestra correspondencia; pero esas diarias visitas, esos afectos tiernos, esas dulces palabras de amor, esos mutuos obsequios y regalos son sutiles vapores que van subiendo sin sentirlo vosotros al corazon y cuando esteis mas descuidados se cubrirá vuestro entendimiento de gruesas nubes, de feas representaciones, oireis los truenos de un amor impuro y el rayo de una pasion, que casi no podreis resistir, arruinará vuestra virtud y vuestra alma: os precipitareis ciertamente: si hasta ahora no habeis caido, caireis dentro de pocos dias: aunque despues de muchos años hayais vivido sin malicia, desengañaos porque es tan cierta vuestra perdicion, dice el Padre San Bernardo, que mas facilmente resucitareis un muerto que el que mantengais esa familiaridad sin pecado: *cum femina semper esse et feminam non cognoscere non ne plus est quam mortuum suscitare?*

Pero ¿para qué es cansarse en buscar razones que os persuadan las desdichas que os amenazan en lo venidero, como sino fuera al presente vuestra suerte la mas lastimosa? ¡Ay! que el estado de vuestra alma por mas que os lisongeeis de que en vuestras acciones no hay malicia, de que vuestras conversaciones no escenden de lo justo, de que vuestro exterior todo está tranquilo y sereno; y vuestro estado, vuelvo á decir, es el mas infeliz. En las fiebres malignas, dice el príncipe de la medicina Hipócrates, si el cuerpo en lo exterior está frio, é interiormente encendido y abrasado con una sed ardiente, no hay que buscar otra señal, porque ya hay pronósticos ciertos de muerte: *Si exteriora frigent, interiora calent cum siti lethale*. No se ve por defuera en la dolencia de vuestro amor vicio ó accion indecente que sea culpa mortal; pero al mismo tiempo está fria vuestra piedad, helada vuestra devocion en las exteriores demostraciones de cristiano; se reciben los sacramentos muy de tarde en tarde, se practican solo por ceremonia las obras de piedad, si se asiste al templo, divertiendo la vista ácia todas partes conversando libremente, se busca la postura mas cómoda y menos humilde, se elige aquel lugar

para donde está citado el cortejo, se murmura, se rie, y no se da la mas ligera señal de religion; todo rezo es gravoso, toda mortificacion se os hace imposible, toda austeridad impracticable, y entre tanto el interior arde y se abrasa unas veces con el amor, otras con el celo y siempre agitado con una sed insaciable de ver el objeto que se ama; no hay quietud si se ausenta por algunos días, todo es desasosiego si os deja de ver algunas semanas, sino le veis os consumís en ansias de verle buscando industrias y arbitrios para lograr su vista. Si estais con él no se sacia vuestro deseo, y sin que jamás se aplaque esta sed, aunque hablais con él todo el día, aunque os acompaña dentro y fuera de casa, aunque os hace los mayores obsequios deseais otra cosa, y no sabeis lo que deseais. Exterior tan frio á todo lo que es Dios, virtud y mortificacion cristianas; interior tan encendido y agitado de varios afectos, sed tan ardiente de amorosas correspondencias; no hay que esperar remedio todas son señales funestas y mortales; no parará esa sed rabiosa hasta hacer os beber la agua de la iniquidad; pero ni aun con la muerte de vuestra alma estará satisfecha: *si exteriora frigent, interiora calent cum siti lethale.* Fiebro

tanto mas peligrosa que, como no manifiesta ácia fuera sus daños, os creéis sanos, y os negais al único remedio de una dolorosa separacion; y tanto mas nociva que pasando de unos á otros inficiona su contagio las familias, viendo los padres y madres lastimosamente heridas á sus hijas de este veneno sin procurarles el remedio.

No es mi intento, señores, dar ahora á conocer á los padres de familia cuan culpables son en permitir á sus hijas estas tiernas correspondencias, y hacerles ver que ni los engañosos pretextos de casamiento, de urbanidad, de antigua alianza de las casas; que ni la bondad de la hija ni la honradez del joven justifican esa estrecha familiaridad, esas visitas á solas, esa continua compañía y esos escesivos obsequios. A quien no escarmientan las continuas quejas de tantos padres y madres que lloran á sus hijas deshonoradas, burladas y escarnecidas de aquellos que les parecían tan honrados; á quien no persuaden estos egemplares, no podrán persuadir las mas eficaces razones. Lo que me duele y me lastima sobremanera: lo que no hallo palabras con que esplicar debidamente es la ciega locura de aquellas madres que, como si pretendieran instruir á sus hijas en la malicia, las hacen

aprender desde pequeñas lo que, quizá será despues su mayor ruina. Aquel niño, le dicen á su tiernequita hija, es tu cortejo, quiérole, acarícialo que ha de ser tu marido; y cuando despues la inocente niña repite estas palabras, se le celebran, se le aplauden, y se refieren á los circunstantes como gracioso y agudo chiste. ¿Y no es esto, señores, acostumbrar insensiblemente aquel tierno corazon á un afecto que creciendo con ella cobrará tales fuerzas que no le pueda resistir? ¿No es esto hacerle amable el nombre de una pasión de que aun no es capaz, para que despues en la edad adulta le agrade la misma pasión? ¿Y con qué aliento podreis reprehenderle cuando grande los escesos de una correspondencia que, en cuanto era capaz, vosotras mismas le enseñasteis en sus primeros años? ¿Y cómo por último tendrá horror á la realidad del cortejo la que aprendió á pronunciar su nombre, aplaudiéndolo todos, con palabras aun balbucientes? Llorareis cuando no tenga remedio las tristes consecuencias de lo que ahora aplaudís por donaire, y recaerán sobre vuestras cabezas los escándalos de vuestras hijas.

Yo, señores, no me admiro al ver que las niñas se crían y crecen oyendo y

mirando sin horror el nombre y las ternuras de un cortejo; no me admiro que cuando grandes no solo no reflexen en la ruina del alma, pero ni adviertan cuanto manchan la honra con estas correspondencias de que se ha hecho en el mundo un punto de gloria y de honor. Este es en efecto el principio sobre que estriban en el mundo las tiernas amistades, y él es el lazo que arrastra á tantas personas de juiciosas y honrada conducta para admitirlas sin escrúpulo. Porque (es preciso, señores, hacer esta justicia al honor, y á la sencilla intencion de muchas que se dejan llevar de la impetuosa corriente del cortejo) sería temeridad y aun perverso atrevimiento de un corazon maligno juzgar que siempre es un espíritu torpe y corrompido el que anima estos galantes obsequios. No: muchas veces no son ellos, especialmente por parte de las mugeres, victimas que se consagran al amor, sino efectos de una ambición mal entendida. Yo, despues de reflexarlo seriamente conmigo mismo, he creído que aquel deseo casi natural en las mugeres de ser aplaudidas y festejadas, el demasiado apetito de ser y parecer hermosas que halla tanto fomento en el rendimiento y obsequio, es el que las ciega para abrazar estos locos

amores. Se imaginan que la veneración, que el diario servicio, que el rendido porte del cortejante las engrandece, las hace visibles, y las grangea la estimación, y alabanza de los demás. Pero aun cuando el mundo no os engañara con los falsos aplausos que os promete, no conseguiriais mas que mentidas adulaciones y viles lisonjas que apenas nacen en los labios cuando van á espirar en el corazon de quien las pronuncia. Mas ni aun esto conseguís; porque oid este amargo, pero útil desengaño, lo mismo que os parece que contribuye al aplauso de vuestro nombre es el instrumento de vuestra deshonra y desdoro. Os cortejan, os lisongean, os sirven; mas cuando pareceis un ídolo á quien se tributan los mas humildes rendimientos, sois el blanco contra quien se dirigen las censuras de todos. Los buenos, á quienes la piedad sirve de freno para no esplicarse, en el secreto tribunal de su corazon condenan vuestra conducta de irregular y de poco cuerda; los malos atrevidos y temerarios piensan y hablan desenfrenadamente, fingiendo en vuestro porte manchas y deslices de que aun está muy lejano. ¿Y cuántas veces quizá los mismos que os han cortejado se jactan y glorian de un triunfo que envilece vues-

tro nombre y reputacion? Seais inocentes, la intencion sea sana, nada haya reprehensible en la correspondencia; pero que importa, ¿si los buenos la notan, los malos la censuran, el mundo la murmura, y hasta en los teatros viene á ser la materia mas comun de las sátiras picantes, y de los sainetes festivos? ¿Qué ceguedad es esta y que locura abandonar el honor, la reputacion, el sólido aprecio por un imaginado fantasma de aplauso, y por seguir la corriente de los usos del mundo verse ofendida y deshonrada de los mismos mundanos?

Punto es este que demandaba las mas serias y dilatadas reflexiones; pero la cordedad del tiempo no sufre mas demora, ni yo puedo reprimir no se que triste desengaño que allá en lo interior del alma me dicta que ha sido vano é inutil el empeño que he tomado estas tres tardes. Si, señores, yo lo confieso: es el mundo enemigo muy formidable; está tan establecido el imperio de sus usos que se hace mas insolente cuanto mas se combate: triunfará á pesar de las cristianas exhortaciones el inmodesto adorno, y vereis en estos días sagrados que se consagran á la penitencia y compuncion, vereis en las calles y en los templos mas

profana la gala, mas provocativa la inmodestia de los trages: reinará igualmente liviana y desenvuelta la alegría en los torpes y escandalosos bailes: se mantendrán cada dia mas vivas las amorosas correspondencias. Por mas que se clame, por mas que se amenace el mundo será siempre el mismo; y en el mundo, dice Jesucristo, es necesario que domine el escándalo: *neesse est ut veniant scandala*; pero esta triste necesidad no libró al mundo ni librárá á esta ciudad y sus habitantes de los funestos males con que Jesucristo les amaga con aquellos lastimosos ayes. ¡Ay del mundo, hay de Médico por sus usos y escándalos! El orgullo, el deseo de lucir, la sensual profanidad son una raiz forzosa del uso inmodesto de los trages y los adornos ¡ay de aquellos que introducen modas lascivas y las usan: *ve illi per quem scandalum venit*! El amor á los placeres, la mezcla de mugeres y hombres, las festivas concurrencias son un origen de bailes deshonestos, de peligrosas danzas: *ve illi per quem scandalum venit*. La viva pasión de amor, los titulos mal entendidos de ánoble sociedad, de servicios debidos al sexo mas debil acarrearán necesariamente amorosos cortejos; pero hay de aquellos que vi-

ven tan seguros en estas correspondencias: *ve illi &c.* Amenazas tan terribles vinculadas á estos usos escandalosos no tienen otro recurso para apartarlas de nosotros que el ejemplo y la moderacion de las personas distinguidas.

Vosotros, señores y vosotras señoras, á quienes la Providencia quiso distinguir entre los demas por la sangre, el caudal ó el empleo, sois los únicos de quienes se puede esperar el remedio de un desorden que ya parece irremediable. Vuestras costumbres forman las del público; la plebe no tiene otra ley que vuestra conducta, y vuestros usos cristianos solo serán capaces de hacer frente á los del mundo tentador. Luego que vosotros adoptais un uso se hace respetable, y las mismas circunstancias que os hacen visibles en la república, os presentan tambien como objetos de imitacion. Animaos pues de un celo santo, y aspirad á la gloria de ser, sin temer la censura, la murmuracion, ó la sátira de los mundanos, los mas elocuentes predicadores contra el mundo. Desterrad, señoras, lejos de vosotras esos indecentes mantos, esos altos vestidos, cubrid modestamente el pecho y las espaldas, y se tendrá por vileza la inmodestia: escusad los bailes peligrosos de enla-

ce, huid de asistir á los bailes provocativos, reprehended á quien os convida á ellos, y vereis como en breve se tienen ya por viles, é indignos en vuestros festines: no se conozcan en vuestras casas las tiernas demostraciones de cortejos, no oigan vuestras hijas ni aun su nombre, y se hará esta correspondencia reprehensible y vergonzosa. A esto os obliga la religion que profesais, el distinguido lustre que teneis, y la gloria de que sois tan celosos. Oh ¡y cómo pasará vuestro nombre con alabanzas inmortales de gente en gente, y de edad en edad! y ¡oh y cómo esto solo haria célebre en el orbe á la capital del nuevo mundo! Publicaria la fama que en Méjico la moda de vestirse es la modestia; que solo es alegre el baile honesto, y que ambos sexos se tratan con un cortes recato y urbanidad; pero evitando los peligros de toda amorosa correspondencia. Esto, vuelvo á decir, os pide la religion, á esto os exhorto en nombre de Jesucristo y esto os manda Dios para su mayor gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

SOBRE EL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓXIMO.

Plática primera del amor de Dios.

Sabia é ingeniosamente pensaba el primero que llamó al corazon símbolo y geoglífico del amor: lo que el corazon en el cuerpo es, señores, el amor en el alma: tan admirable aquel en la armoniosa corporal fábrica, como maravilloso este en la invisible disposicion del espíritu. Concíbese el hombre, dicen los naturalistas, y comenzando los primeros períodos de su vida por el corazon, los termina en la muerte por el mismo; siendo el corazon lo primero que vive y lo último que muere en nosotros. El es el manantial y origen de nuestra vida, vaso en donde se recibe y desde donde se reparte á todos los miembros del cuerpo la vital sangre que nos anima. El es el resorte y como el movíl que rige los exteriores é interiores movimientos de nuestra máquina. El por último la mas necesaria y por